

Se acaba de producir un griterío enorme en el auto justo antes de doblar por Lautaro hacia Claro Solar. Hemos frenado tan rápido que al momento sonaron muchas bocinas alrededor. Al parecer mi hermana Marina ha visto a papá en uno de los bares que hay ahí. Ahora nadie recordará que se han perdido las velas, el cuatro y el siete, y que salimos a comprar otras porque es el cumpleaños de papá. ¡Qué despiste! dijo mi hermana metiéndose los rizos por detrás de la oreja. Ella construyó una base de cerámica para sostener las velas y la pintó con corazones azules. ¡Tiene que aparecer! decía hace un rato mientras buscaba por toda la casa.

Estoy en el asiento trasero junto a tía Rosana y mi prima Carla. A ella la han mandado a la otra ventana y mi tía va en medio con su enorme panza. No sé qué ha pasado en los últimos meses pero a nadie le gusta que juegue con Carla, sobre todo cuando comenzó a pintarse las uñas de colores y a mascar chicles con la boca abierta.

Mamá tiene los nudillos pequeños y pálidos sobre el volante. Empuña la mano sobre la banda circular. Al lado suyo está Marina que continúa volviéndose hacia la ventana y la calle. Cada vez que lo hace sus rizos bailan encima de la frente y las orejas. Exige que demos la vuelta, que volvamos a pasar por los bares. Mamá pide calma y mientras dice esto aprieta y suelta el volante. Pero ha señalado para doblar en la esquina de Claro Solar y Caupolicán. Mi hermana repite que vio a papá, el bigote grueso, los anteojos cuadrados...Tía Rosana se inclina hacia ella. Pone una mano sobre su hombro izquierdo. Como está bastante gorda al mover el cuerpo le sale un sonido de aire por la boca. Todavía se oyen algunos bocinazos. Claro, disminuimos casi por completo la marcha cuando Marina comenzó a gritar.

Carla y su madre llegaron a casa sobre las once de la mañana. Las vi subir los peldaños de la entrada. Qué rara se veía mi prima con los pantis fucsia y el pantalón corto de jeans. Además hizo muchos globos con el chicle. Parecía casi tan alta como mamá. No sé por qué razón fui a la cocina en lugar de saludar. Aproveché para comer unos panecillos de atún y mayonesa que había en los platos de canapés. Pero estaba atento a los saludos de la entrada. Entonces Marina llevó a Carla a su habitación, le quería mostrar unos libros de dibujo o algo así. Tía Rosana preguntó por papá mientras todavía suspiraba de cansancio por haber recorrido los pocos metros que hay entre la entrada de casa y la calle. Qué te puedo decir, comenzó mamá, está muy extraño, el otro día se enfureció por una llamada perdida...Sólo alcancé a oír eso ya que sin querer boté un panecillo en el suelo. No sonó muy fuerte pero ellas dejaron de hablar y aparecieron en la puerta de la cocina. Tía Rosana me rodeó con los brazos a la altura de la cabeza. Noté la presión de su panza en el pecho. Repitió varias veces lo grande que estaba y pasó el dedo por debajo de mi nariz. ¡Qué vergüenza! Hace unos meses comenzó a salirme un pelillo ridículo y oscuro en esa zona.

Giramos bastante lento en la esquina de Caupolicán y Balmaceda. Supongo que a esta velocidad comenzarán los bocinazos otra vez. De repente mamá levanta una mano. Dice que pasaremos por ahí nuevamente y que no hay necesidad de gritar. Cuando dice esto observa a mi hermana y luego pone los ojos en el retrovisor. Busca nuestras miradas. Agrega que no estamos seguros de que fuera él y vuelve a observar a Marina que permanece callada pero mueve la cabeza de un lado a otro. Suena tan raro que sólo diga él. Pero apenas me interesa. Estoy molesto porque no he podido preguntar casi nada a Carla. Su madre ha estado todo el tiempo cerca. Quisiera medir su estatura y correr con ella en el jardín. Le preguntaría por qué masca los chicles de esa manera. ¡Qué tonto fui al no saludarla desde el principio!

Hemos rodeado la manzana y nuestro auto está otra vez en Lautaro. No recuerdo a los perros que hay echados en la vereda. De inmediato comienzan los bocinazos. Tía Rosana respira profundo y luego exhala largo. Repite esto como si fuera un ejercicio. Hace un gesto con la mano para que baje la ventana aunque están todas bajadas. Faltan unos veinte metros para el bar. Afuera hay un cartel con fotografías de helados y sus precios. Tiene las puntas un poco abiertas y asoma el color amarillento de su interior. Por la vereda hay servilletas arrojadas en el suelo. Entonces Marina empieza a gritar. Mamá frena en seco. No pasa ni un segundo y oímos un montón de bocinas por detrás. Tía Rosana se lleva los dedos al cuello. Comienza a chillar. Me doy prisa. Estiro el brazo por encima de su enorme panza y toco a Carla. No puedo ver con claridad ni entender exactamente lo que está pasando pero siento un agradable apretón de manos. Entonces miro la vereda sucia y los perros echados. El bigote de papá y sus anteojos en una mesa pegada a los ventanales opacos que dan a la calle. Hay dos niños pequeños junto a él y una mujer de pie. La mujer tiene las manos sobre los hombros de papá. Encima de la mesa hay una torta pequeña, quizás de chocolate, y las velas, el cuatro y el siete, brillan sobre el soporte de cerámica con corazones que preparó mi hermana. Los niños tienen los ojos muy abiertos y comienzan a mirar a la calle, hacia el ruido de los gritos y las bocinas.